

Para finalizar solo cabe felicitar al Autor por esta nueva publicación que se une a otras muchas de la misma excelente calidad a la que nos tiene acostumbrados. Además, completan esta monografía jurídica una serie de útiles anexos que incluyen un amplio listado de legislación y documentación –toda ella mencionada en la monografía–, y un exhaustivo repertorio de jurisprudencia y resoluciones administrativas. Tras ellos, el libro acaba con la lista bibliográfica, que hace caer en la cuenta al lector apercibido de lo conveniente que era un estudio de las características de éste en la actual eclesiasticística española.

MARÍA DEL MAR MARTÍN

VOEGELIN, Eric, *Las religiones políticas*, Editorial Trotta, Madrid 2014, 143 pp.

Eric Voegelin (1901-1985), natural de Colonia y discípulo de Kelsen en la Universidad de Viena, donde inició su vida académica, se vió obligado a marchar a los Estados Unidos por sus críticas al nazismo, cuando Hitler incorporó Austria en 1938; a partir de esa fecha, Voegelin desempeñó diversas cátedras alternando estancias en los Estados Unidos y más delante de nuevo en Alemania; creó en Munich el *Institut für Politische Wissenschaft*; su fallecimiento tuvo lugar en Standford, en cuya Universidad –en la *Hoover Institution*– transcurrió la última etapa de su labor de investigador y estudioso.

Tema fundamental de sus preocupaciones científicas fue la relación entre religión y política; detectando el aura religiosa que los modernos movimientos políticos venían adquiriendo, señaló cómo causa de este fenómeno la pretensión de situar a los criterios propios del pensamiento político en el lugar de las convicciones religiosas, privando a los hombres del apoyo de sus credos para someterlos a las formulaciones “éticas” adoptadas por los poderes temporales. No estamos ante una formulación científica orientada a la defensa de un determinado “modelo” social o “creencia” religiosa, sino ante la constatación científica de un hecho y su análisis crítico.

Voegelin detectó cómo se estaba produciendo un progresivo y cada vez más intenso proceso de secularización; cómo la transcendencia iba viéndose sustituida paulatinamente por la divinización de las categorías humanas; el haber detectado e iniciado el análisis de estas realidades antes de 1980 supone una notable capacidad de percepción de la realidad, amén de una excepcional sensibilidad ante las orientaciones ideológicas de las nuevas sociedades; ello basta para situar a este autor en un lugar de notable significación en el campo de la ciencia política.

El libro que presentamos aquí contiene dos trabajos diferentes. El primero se titula como el propio volumen, *Las religiones políticas* (pp. 23-76); el segundo se denomina *Ciencia, política y gnosticismo. Dos Ensayos*, y se compone de dos Partes, la I denominada asimismo *Ciencia, política y gnosticismo* (pp. 77-122), y la II titulada *El sucedáneo de la religión: los movimientos gnósticos de masas de nuestro tiempo* (pp. 123-143). Y todo ello va precedido por una *Presentación*, firmada por Guillermo Graiño y José María Carabante y titulada *Eric Voegelin, filósofo del orden* (pp. 9-16), una *Nota a la presente edición*, de los mismos autores (p. 17), y una *Bibliografía* que incluye dos apartados: *Obras de Eric Voegelin en castellano* (p. 19) y *Bibliografía selecta* (pp. 19-20). En su citada *Nota*, los autores de la misma señalan cual y cuanta es la presencia de la obra de Voegelin en España, así como las ediciones de la misma y las razones que aconsejan reunir ahora en un solo volumen los indicados escritos, ya conocidos en otras ediciones separadas. Y debe subrayarse que la *Presentación*, dentro de su brevedad, contiene un análisis del significado de Voegelin en el panorama de la ciencia política más reciente; análisis tan detenido y preciso, al par que tan

clarificador, que su lectura bastará para proporcionar al lector una utilísima información de las aportaciones del autor al campo del saber tratado en sus escritos.

El estudio sobre *Las religiones políticas* viene a probar algo que los autores de la *Presentación* ya advierten en la misma: “la recepción de su obra... ha estado lastrada... por su erudición y su alto grado de complejidad”. Y, en efecto, la lectura de *Las religiones políticas* no resulta fácil: el autor expone con alto grado de complejidad un pensamiento igualmente complejo. Y ello ha dificultado la comprensión del texto. Baste señalar como prueba de ello, que la obra, publicada por primera vez en Viena en 1938 -precisamente cuando el autor se vio casi de inmediato obligado a emigrar a los Estados Unidos, como hemos ya recordado-, llegó a ser entendida por muchos en el sentido que el propio Voegelin nos recuerda (p. 21): “Se me reprocha que soy tan objetivo en la exposición que ésta parece hablar a favor de aquellos movimientos y concepciones del mundo que se propone combatir, en especial del nacionalsocialismo. Se ha dicho que la obra carece de energía a la hora de emitir un juicio y una condena que dejen fuera de toda duda mi propia posición”. Ante lo cual el autor responde que él no trabaja en el campo de los medios publicísticos ni del activismo político. Y precisamente reprocha, a quienes se mueven especialmente en estos planos, que dejan de lado cuestiones muy profundas que sólo el estudioso lejano del compromiso de la política está en condiciones de tomar en consideración. Y al expresarse así se refiere particularmente a lo que constituye el nervio de su pensamiento: el que los medios de poder temporal se están divinizando, y convirtiendo en religión su propia doctrina. “Da grima -escribe Voegelin (pp. 24-25)- oír una y otra vez que el nacionalsocialismo es un regreso a la barbarie, a los tiempos oscuros de la Edad Media, a la edad anterior al nuevo progreso humanístico, sin que los que así hablan adviertan que la secularización de la vida que ha traído consigo esa idea de humanidad es precisamente el caldo de cultivo en que han podido medrar movimientos religiosos anticristianos como el nacionalsocialismo. Para esas mentes secularizadas la cuestión religiosa es un tabú. Ya plantearla de manera seria y radical es algo que les resulta sospechoso -quizá también un indicio de barbarie y de regreso a la oscura Edad Media-. Más importante que comprometerme con cualquier tipo de defensa ética me parece, por tanto, analizar la cuestión religiosa fundamental de nuestro tiempo e intentar describir el fenómeno del mal que debe ser combatido”. Palabras que hoy no nos sorprenden, puesto que la vida diaria demuestra su exactitud, su condición de reflejo de un mundo disparatado, inmerso en el culto religioso a valores temporales. Pero son palabras escritas en Viena en 1938; en haber detectado entonces, no sólo intuido, el problema de la secularización, de la tiranía de la ética política..., está el gran mérito del autor, adelantado a su tiempo y por tanto incomprendido, que habla para nosotros más que para sus estrictamente contemporáneos. Detecta y avisa: y su aviso reflejaba una realidad que no era tan fácil de descubrir en fecha tan relativamente temprana.

Este es el camino que el resto de la producción científica del autor sigue en adelante, y que encuentra un reflejo claro en este volumen: en las páginas vienesas de 1938 -la Parte I del tomo- y en las que, en la Parte II, procedentes ya de la década de los años sesenta del XX-, advierten que “cuanto más sabemos sobre la gnosis de la Antigüedad más se confirma que los movimientos modernos tales como el progresismo, el positivismo, el hegelianismo y el marxismo son variantes del gnosticismo” (p. 75); una afirmación en cuyo favor Voegelin aduce múltiples testimonios de numerosos autores -Von Balthasar, Lubac, William James...-, para señalar aún que “se puede encontrar un caso representativo de la confusión intelectual resultante en el movimiento de la ‘muerte de Dios’. La muerte de Dios es una cuestión fundamental tanto para la gnosis antigua como para la moderna. Este gran tema de la especulación gnóstica aparece de Hegel a Nietzsche y, de igual modo, la teología protestante se ha visto acosada por el mismo desde tiempos de Hegel” (p. 76).

Voegelin no trata, pues, en su obra, de contemplar y analizar sociológicamente un problema de la época presente a partir de datos meramente sociológicos o políticos de hoy, sino que entronca éste con toda la tradición que viene, desde tantos siglos, enfrentando a la concepción religiosa de la vida humana con la concepción estrictamente temporal de la misma. De ahí su título de “religiones políticas”, que no es un estudio sobre aquellas religiones en que lo espiritual y lo temporal se confunden, sino sobre la reciente aparición de presuntas religiones de carácter temporal: los criterios ético-políticos en el lugar de los dogmas de la fe. Cuando en la Parte I del libro se aborda el análisis de ese concepto de religión política, los datos se apoyan en los conceptos de Religión, de Estado, de fe, de simbología, de espiritualidad y temporalidad...; datos observables directamente en el contexto social actual. Y cuando en la Parte II el autor se centra en el estudio histórico, filosófico, del gnosticismo, se vuelve hacia la tradición del pensamiento, consciente de que “en el estado actual de la ciencia, un estudio sobre gnosticismo moderno es inevitablemente un trabajo en desarrollo” (p. 76). La evolución de los hechos y las doctrinas va casi más deprisa que la capacidad del estudioso para comprenderla.

En todo caso, al eclesiasticista, en cuanto que las relaciones entre Estado y Confesiones constituye su temática central, ha de interesarle este intento de penetrar en el fondo de la secularización del hecho religioso, que llega hasta la sustitución de la normativa jurídica y la doctrina social de las religiones por la de los poderes políticos. Cuando el hombre se endiosa pierde razón de ser la presencia social del hecho religioso propiamente entendido. “El objetivo del gnosticismo parusístico es destruir el orden del ser, que se experimenta como imperfecto e injusto, y reemplazarlo por un orden justo y perfecto mediante el poder creador del hombre” (p. 106). Nada más lejos de esta realidad descrita por el autor que una religión como la cristiana, que distingue entre las dos esferas, o como la islámica, que no las distingue, tomándolas ambas en cuenta decisivamente; porque justamente en la existencia de la esfera sobrenatural se apoya la fuerza social de la libertad y del derecho. Y ahí radica el acierto del autor al plantear la imposible concordancia entre religión y política si la política es entendida como religión y se da lugar al “asesinato de Dios”: “De ahí que para que la idea de crear un nuevo mundo tenga sentido, la cualidad de dado característica del orden del ser tenga que ser anulada”; el orden no puede serle “dado” al hombre, y la norma estatal es un dogma que ocupa el lugar de la creencia; el orden del ser “ha de interpretarse como esencialmente a disposición del hombre y bajo su dominio”. “Aduñarse del ser requiere, además, destruir su origen transcendente; exige la decapitación del ser: el asesinato de Dios” (p. 106).

Es un contexto, el descrito por el autor como fruto de su observación de la nueva realidad ideológica, en el que se subvierten todos los valores y todos los derechos; el asesinato de Dios supone la muerte de la libertad. Y la libertad religiosa, como primer derecho de la persona humana, queda desvanecida en un contexto social en el que ella misma no tiene sentido; y en el que es no menos claro que tampoco tiene en fin de cuentas sentido el concepto mismo de libertad.

El excursus histórico del autor, que recorre todos los siglos y las escuelas a partir del nacimiento del cristianismo, siguiendo la huella de la evolución de ese concepto único de la divinización del hombre, presta en fin a esta obra su carácter de análisis del pensamiento y de la realidad en torno al fenómeno secularizador y sus repercusiones sociales. Algo tan incisivo hoy en nuestra vida como lo fuera en la esfera de sus estudios cuando se lo planteaba Voegelin en una incisiva tarea de descubrir el porvenir.

MARÍA JOSÉ CIÁURRIZ